

---

# A BEJARANO EL LECTOR

---

## DE VERSALLES A LA CIBERNÉTICA

Gregory Bateson. Tomado de *Steps to an Ecology of Mind*, Chandler Publishing Company, 1972.

Debía hablar sobre la historia reciente, tal como se me presentó a mí y a mi generación y a ustedes en la suya, y cuando venía en el avión esta mañana, en mi mente empezaron a resonar algunas palabras. Eran frases más retumbantes que cualquiera que yo pudiera componer. Una de esas frases era: "Los padres comieron frutos amargos y los hijos tienen dentera". Otra era la aserción de Joyce de que "la historia es esa pesadilla que no tiene despertar". Otra: "Los pecados de los padres recaerán sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian". Y, por último, menos resonante aunque pertinente para el problema del mecanismo social: "Quien desea hacer bien a otros debe hacerlo en cosas minúsculas y particulares. El Dios en general es la excusa del bribón, del mentiroso y del adulator".

Estamos hablando de cosas serias. El título de esta conferencia, "Versalles y la cibernética", menciona los dos hechos más importantes del siglo XX. La palabra «cibernética» les es familiar, ¿no es verdad?, ¿pero cuántos de ustedes saben lo que sucedió en Versalles en 1919?

La pregunta es *¿qué* se considerará importante en la historia de los últimos sesenta años? Tengo sesenta y dos años, y cuando empecé a pensar en los acontecimientos históricos que he visto durante ese tiempo, me pareció que sólo

presencié dos momentos que podría considerar realmente importantes desde el punto de vista de un antropólogo. Uno está conformado por los eventos que condujeron al Tratado de Versalles y el otro fue el surgimiento de la cibernética. Quizá les sorprenda o les escandalice que no mencione la bomba atómica ni la Segunda Guerra Mundial. No he mencionado la difusión del automóvil, de la radio y de la televisión, ni muchas otras cosas que han ocurrido en los últimos sesenta años.

Permítanme enunciar mi criterio sobre la importancia histórica.

Los mamíferos en general, y nosotros entre ellos, nos preocupamos extremadamente, no por los episodios sino por las pautas de las relaciones que median entre ellos. Si abren la nevera y aparece el gato de la casa y hace ciertos ruidos, no está hablando de hígado ni de leche, aunque pueden adivinar que eso es lo que desea. Pueden adivinar y darle lo que quede en la nevera. Lo que el gato dice en realidad es algo relacionado con la relación entre él y ustedes. Si tradujeran su mensaje a palabras, sería algo parecido a "dependencia, dependencia, dependencia". De hecho, el gato está hablando de una pauta bastante abstracta dentro de una relación. A partir de esta afirmación de una pauta, espera que ustedes desciendan de lo general a lo específico, que deduzcan 'leche' o 'hígado'.

Esto es esencial. Es lo que interesa a los mamíferos: las pautas de relación, la situación en que se encuentran con respecto al amor, el odio, el respeto, la dependencia, la confianza y otras abstracciones semejantes relacionadas con algún otro. Es aquí donde duele que nos defrauden. Si confiamos en alguien o en algo y descubrimos que el objeto no merecía la confianza, o si desconfiamos y comprobamos que aquello de lo que desconfiábamos era en realidad confiable, nos sentimos *mal*. El dolor que los seres humanos y los demás mamíferos pueden sentir por este tipo de errores es intenso. De modo que si queremos saber realmente cuáles son los eventos significativos de la historia, tenemos que preguntar cuáles fueron los momentos en que se produjo un cambio de actitud. Esos son los momentos en que la gente se sintió herida porque se cuestionaron sus valores precedentes.

Pensemos en el termostato que tenemos en nuestras casas. El tiempo cambia afuera; la temperatura de la habitación desciende; el termómetro ubicado en la sala cumple su misión y conecta la caldera, la caldera caldea la habitación y cuando la habitación está caliente desconecta nuevamente la caldera. Esto es lo que se llama un circuito homeostático o servocircuito. Pero en la pared de la sala hay también una cajita, mediante la cual pueden *regular* el termostato. Si la casa estuvo muy fría la semana anterior, deben desplazarlo de su punto de regulación actual para que el sistema oscile en torno de un nivel nuevo. Cualquiera que sea la cantidad de calor o de frío que haya fuera de la casa, la regulación no cambiará, y a ésta se la denomina 'distorsión' del sistema. La temperatura de la casa oscilará, estará más fría o más caliente según las circunstancias, pero la regulación del mecanismo no cambiará por esos cambios. En

cambio, si *ustedes* van y *ustedes* modifican esta distorsión, cambiarán aquello que podríamos denominar la 'actitud'.

De modo análogo, la pregunta importante en lo que atañe a la historia es: ¿ha cambiado la distorsión o la regulación? Las alternativas episódicas de los acontecimientos dentro de los límites de una regulación no tienen importancia. Con este pensamiento en mente, dije que los dos acontecimientos más importantes de mi vida fueron el Tratado de Versalles y el descubrimiento de la cibernética.

Es difícil que la mayoría de ustedes sepa cómo se originó el Tratado de Versalles. La historia es muy simple. La Primera Guerra Mundial se alargaba y se alargaba; era evidente que los alemanes la estaban perdiendo. En ese momento, George Creel, un especialista en relaciones públicas —y quisiera que no olviden que ese hombre fue el abuelo de las relaciones públicas modernas— tuvo una idea: que quizá los alemanes se rindiesen si se les ofrecía un armisticio con condiciones benévolas, que no contuviese medidas punitivas. Esas condiciones se estipularon en catorce puntos que fueron presentados al Presidente Wilson. Cuando quieran engañar a alguien, lo mejor que pueden hacer es elegir una persona honesta para que lleve el mensaje. El Presidente Wilson era un hombre casi patológicamente honesto, y un humanitario. Desarrolló los puntos en una serie de discursos: no habría "anexiones, contribuciones, destrozos punitivos..." y cosas por el estilo. Y los alemanes se rindieron.

Nosotros, los británicos y los estadounidenses —especialmente los británicos— seguimos, por supuesto, bloqueando a los alemanes porque no queríamos que "se les subieran los humos a la cabeza" antes de firmar el Tratado. Así, siguieron muriéndose de hambre durante un año más.

La Conferencia de la Paz fue vívidamente descrita por John Maynard Keynes en *The Economic Consequences of the Peace* [1919].

La redacción final del Tratado quedó en manos de cuatro hombres: Clemenceau, el 'tigre', que quería aplastar a Alemania; Lloyd George, que consideraba políticamente conveniente arrancar a Alemania un montón de indemnizaciones y un poquito de venganza, y Wilson, que debió ser engañado todo el tiempo. Cada vez que Wilson preguntaba por sus catorce puntos, lo sacaban a visitar los cementerios de guerra y le hacían sentirse avergonzado de no estar airado con los alemanes. ¿Quién era el otro? Ah, sí. Orlando, un italiano.

Esta fue una de las más grandes felonías de la historia de nuestra civilización. Un acontecimiento extraordinario que llevó en forma directa e inevitable a la Segunda Guerra Mundial. También llevó —y esto es quizá más interesante que el hecho de que llevara a la Segunda Guerra Mundial— a la desmoralización total de la política alemana. Si usted promete algo a su hijo y luego reniega de ello, encubriendo todo en una gran frase moral, tal vez compruebe que el chico no sólo se enojará mucho con usted, sino que *sus* propias actitudes morales se deteriorarán mientras sienta el injusto flagelo de lo que usted le hizo. No sólo

se trata de que la Segunda Guerra Mundial fue la respuesta adecuada de una nación que recibió ese trato; lo más importante es que la desmoralización de esa nación era previsible después de un tratamiento semejante. Con la desmoralización de los alemanes, nosotros también nos desmoralizamos. Por eso digo que el Tratado de Versalles fue una encrucijada para el cambio de actitudes.

Imagino que faltan otras dos generaciones para absorber los efectos de esa felonía. Somos, de hecho, como los miembros de la casa de Atreo en la tragedia griega. Primero vino el adulterio de Tiestes; luego la matanza de los tres hijos de Tiestes por Atreo, quien se los dio a comer a Tiestes en un festín para hacer la paz. Luego el asesinato del hijo de Atreo, Agamenón, por el hijo de Tiestes, Egisto; y, por último, el asesinato de Egisto y Clitemnestra por Orestes.

Esta historia sigue y sigue. La tragedia de desconfianza, odio y destrucción que oscila y se autopropaga a través de las generaciones.

Quisiera que imaginaran que se encuentran en medio de una de estas secuencias de tragedia. ¿Qué sucede en la generación intermedia de la casa de Atreo? Viven en un universo enloquecido. Desde el punto de vista de quienes comenzaron la perturbación, no es tan enloquecido; saben lo que sucedió y cómo llegaron a ello. Pero quienes estaban en los peldaños inferiores, que no habían presenciado los orígenes, se encontraron viviendo en un universo enloquecido, y se encontraron a sí mismos en la locura, precisamente porque no sabían cómo habían llegado hasta allí.

Nada hay en contra de que alguien ingiera una dosis de LSD: tendrá la experiencia de estar más o menos loco, pero tendrá sentido, porque *sabe* que tomó la dosis de LSD. En cambio, si, toma el LSD por accidente y luego siente que enloquece, sin saber cómo llegó a ello, tendrá una experiencia aterrizante y horrible. Muy grave y terrible, y muy diferente del 'viaje' que disfruta cuando sabe que tomó LSD.

Consideremos ahora la diferencia entre mi generación y la de ustedes, que tienen menos de veinticinco años. Todos vivimos en el mismo universo enloquecido, cuyo odio, desconfianza e hipocresía se relacionan (especialmente en el nivel internacional) con los catorce puntos y el Tratado de Versalles.

Los de más edad sabemos cómo llegamos hasta aquí. Puedo recordar a mi padre leyendo los catorce puntos a la hora del desayuno diciendo: "¡Gracias a Dios! ¡Les van a dar un armisticio decente, una paz decente!", o algo parecido. Y puedo recordar, aunque no lo repetiré, lo que dijo cuando se hizo público el Tratado de Versalles. No sería publicable. De modo que sé más o menos cómo llegamos aquí.

Para ustedes, estamos totalmente locos y no saben qué evento histórico llevó a esta locura. "Los padres comieron frutos amargos, y los hijos tienen dentera". Para los padres todo está en regla pues saben lo que comieron. Los hijos no saben qué se comió.

Veamos lo que se puede esperar de la gente en el período que sigue a una gran decepción. Antes de la Primera Guerra Mundial se suponía, en general, que las concesiones y un poco de hipocresía son importantes ingredientes para una vida confortable. Si leen *Erewhon*, de Samuel Butler, comprenderán lo que quiero decir. Los principales personajes de la novela están metidos en un lío terrible: algunos han sido condenados a muerte y aguardan su ejecución; otros enfrentan un escándalo público, y el sistema religioso de la nación está amenazado por un colapso inminente. Esos líos y desastres son conjurados por la señora Yodgrun (o, como diríamos nosotros, por la “Señora Grundy”), custodio de la moral erewhoniana. Y lo hace reconstruyendo cuidadosamente los acontecimientos, como si fueran un rompecabezas de figuras irregulares, en tal forma que nadie es lastimado ni deshonrado... y mucho menos ejecutado. Esta filosofía era muy cómoda. Un poco de condescendencia y un poco de compromiso aceitan los engranajes de la vida social.

Pero después de la gran decepción, esta filosofía se vuelve insostenible. Ustedes tienen toda la razón al sentir que algo anda mal, y que lo que anda mal tiene que ver con el engaño y con la hipocresía. Viven en medio de la corrupción.

Por supuesto, sus respuestas espontáneas son puritanas. No sexualmente puritanas, porque el engaño precedente no fue sexual. Pero sí de extremo puritanismo frente a las concesiones, de puritanismo frente a la hipocresía, y el resultado de ello es una reducción de la vida a fragmentos. Lo que parece haber causado la demencia son las estructuras mayores e integradas; por eso se concentran en las cosas minúsculas. “Quien desea hacer bien a otros debe hacerlo en cosas minúsculas y particulares. El Dios en general es la excusa del bribón, del mentiroso y del adulator”. Para la generación actual, el bien general huele a hipocresía.

No dudo que si ustedes hubiesen pedido a George Creel que justificara las catorce puntos, él habría enfatizado su conveniencia para el bien general. Es posible que su pequeña intervención haya salvado unos cuantos miles de vidas estadounidenses en 1918. Ignoro cuántas costó en la Segunda Guerra Mundial y luego en Corea y en Vietnam. Recuerdo que Hiroshima y Nagasaki se justificaron invocando el bien general y la salvación de vidas estadounidenses. Se habló mucho de “rendición incondicional”, quizá porque no confiábamos en nuestra capacidad de hacer honor a un armisticio condicional. ¿Se decidió en Versalles el destino de Hiroshima?

Quiero comentar ahora el otro acontecimiento históricamente significativo que ocurrió durante mi vida, entre 1946 y 1947: la convergencia de algunas ideas desarrolladas durante la Segunda Guerra Mundial. Al conjunto de esas ideas podemos dominarlo ‘cibernética’, teoría de la información o teoría de los sistemas. Esas ideas se esbozaron en distintos sitios: en Viena, por Bertalanffy; en Harvard, por Wiener; en Princeton, por von Neumann; en los laboratorios de la Bell Telephone, por Shannon; en Cambridge, por Craik, etcétera. Todos

esos enfoques desarrollados en distintos centros intelectuales se ocupaban de problemas de la comunicación, en especial de qué es un sistema organizado.

Observarán que todo lo que he dicho sobre la historia y sobre Versalles es un análisis de sistemas organizados y de sus propiedades. Ahora quiero decir que estamos elaborando un cuerpo de conceptos científicos rigurosos de esos sistemas organizados llenos de misterios. Nuestro conocimiento actual está muy avanzado con respecto a cualquier cosa que George Creel haya podido decir. Era un cultor de la ciencia aplicada, antes de que la ciencia estuviera madura para ser aplicada.

Uno de los orígenes de la cibernética se remonta a Whitehead, a Russell y a lo que se llama 'Teoría de los Tipos Lógicos'. En principio, el nombre no es la cosa nombrada, el nombre del nombre no es el nombre, y así sucesivamente. En términos de esta potente teoría, un mensaje *sobre* la guerra no es una parte *de* la guerra.

Daré un ejemplo: el mensaje 'juguemos al ajedrez' no es una jugada del ajedrez. El mensaje 'hagamos la paz en tales y tales términos' no pertenece al mismo sistema ético que los engaños y las estratagemas de una batalla. Dicen que en la guerra y en el amor todo se vale, y quizá sea verdad *dentro* de la guerra y el amor, pero fuera de la guerra y el amor, y en lo que se dice o se hace acerca de ellos, la ética es algo diferente. Durante siglos los hombres han sentido que la traición en una tregua o en un tratado de paz es peor que un engaño en la batalla. Este principio ético cuenta hoy día con un respaldo teórico y científico riguroso. La ética hoy puede ser formalizada, con rigor, lógica, matemática y enfoques similares, y se basa en algo distinto del puro sermoneo y la invocación. No tenemos que tantear el camino; a veces podemos *conocer* la distinción entre lo bueno y lo malo.

Doy a la cibernética el rango de segundo acontecimiento de importancia en mi vida porque tengo por lo menos una tenue esperanza de que podemos obligarnos a utilizar esta nueva comprensión con un mínimo de honestidad. Entender algo, aunque sea poco, de lo que estamos haciendo, quizá nos ayude para encontrar nuestra salida de este laberinto de alucinaciones que hemos creado en torno de nosotros.

Sea como sea, la cibernética es un aporte al cambio, no simplemente un cambio de actitud, sino también un cambio en la comprensión de qué es una actitud.

El criterio que adopté para elegir qué es lo importante en la historia —lo que importa son los momentos en que se cambia la distorsión del termostato— procede directamente de la cibernética, de un pensamiento suscitado por los acontecimientos que se iniciaron en 1946.

Pero los lechones no deambulan por ahí, ya asados y listos para la mesa. Poseemos ahora un acervo de cibernética, un acervo de teoría de juegos y el inicio de una comprensión de los sistemas complejos. Pero cualquier conocimiento puede usarse de modo destructivo.

Pienso que la cibernética es el mayor mordisco al fruto del Árbol del Conocimiento que la humanidad ha dado en los últimos dos mil años. Pero muchos de estos mordiscos a la manzana probaron ser muy difíciles de digerir, en general por razones cibernéticas.

La cibernética encierra una integridad que nos ayudará a no dejarnos seducir por ella para generar nuevas demencias, pero no podemos confiar en que nos proteja contra el pecado.

Los departamentos de Estado de diversas naciones usan actualmente la teoría de juegos, con ayuda de computadoras, como método para decidir su política internacional. Primero identifican las que parecen ser las reglas del juego de la interacción internacional; luego consideran la distribución de fuerzas, armas, puntos estratégicos y agravios en la geografía y en las naciones identificadas. Luego piden a la computadora que compute cuál debe ser la próxima jugada para reducir al mínimo las posibilidades de perder en el juego. La computadora arranca, jadea y emite una respuesta, y surge la tentación de obedecer a la computadora. Después de todo, si usted sigue la propuesta de la computadora, es un poco *menos responsable* que si tomara la decisión por sí mismo. Pero si hace lo que la computadora aconseja, con esa decisión está diciendo que apoya las *reglas del juego* que dictó a la computadora. Habrá reafirmado las reglas de ese juego.

Indudablemente, las naciones que están en el otro bando también poseen computadoras y están jugando juegos similares y reafirmando las reglas que dictan a sus computadoras. El resultado es un sistema donde las reglas de la interacción internacional se tornan cada vez más rígidas.

En mi opinión, que someto a su consideración, lo que anda mal en el campo internacional es que se requiere cambiar las *reglas*. No se trata de preguntar qué es lo mejor que puede hacerse dentro de las reglas hoy existentes. La cuestión es cómo zafarnos de las reglas que han estado funcionando durante los últimos diez lustros, desde el Tratado de Versalles. El problema es *cambiar* las reglas, y en la medida en que dejemos que nuestras invenciones cibernéticas —las computadoras— nos lleven a situaciones cada vez más rígidas, estaremos vejando y denigrando el primer progreso fértil en esperanzas que hemos logrado desde 1918.

Por supuesto, hay otros peligros latentes en la cibernética y muchos de ellos no han sido detectados aún. Por ejemplo, no sabemos cuáles serán los efectos de la computarización de todos los archivos del gobierno.

Pero al menos tenemos una seguridad: en la cibernética también está latente el medio para adquirir una perspectiva nueva y quizá más humana, un medio para cambiar nuestra filosofía del control y para observar nuestras locuras desde una perspectiva más amplia.